



Cesáreo Osuna Zaragoza, 71 años.
Sandra Sadovska, 19 años.

La oportunidad que se fue y no volvió

Suena el timbre. Llega la hora de recreo. Los niños dejan los lápices y los cuadernos encima de las mesas. Se dirigen al patio para disfrutar del tanto deseado descanso. El aula se queda en silencio que de repente es interrumpido por un tímido ruido de pupitre.

Cesáreo aprovecha el momento de tranquilidad para expresar sus pensamientos y sentimientos mediante dibujos que pronto pondrían en evidencia su talento. Su mirada da vueltas por toda la clase, observa cada detalle que a su vez plasma sobre el papel. Su maestro, Don Juan, pronto se daría cuenta de que ese talento era necesario preservar.

Todo tuvo lugar en un pequeño pueblo manchego llamado Villacañadas. Cesáreo Osuna Zaragoza tenía siete años cuando por primera vez abrió la puerta de aquel edificio que se convertiría en su lugar preferido, su cole. Era la época de plena represión franquista. Los niños abandonaban los estudios con ocho años. Ayudaban a contribuir con su esfuerzo a la economía de sus familias. El presente era más importante que el futuro y cualquier sueldo era mucho más importante que una clase de matemáticas.

Entonces las aulas no estaban llenas de camisetas coloridas que contaban las historias y aventuras de las vacaciones como hoy en día. Sólo seis pupitres, ocupados por niños que se sentían orgullosos de poder seguir estudiando llenaban el espacio de la clase. Cesáreo confiesa que se consideraba afortunado y a la vez privilegiado de poder hacer aquello que más le gustaba. Conforme pasaban los años, ese tímido niño cuyos dibujos hablaban por sí solos, se fue convirtiendo en el alumno destacado, en el número uno de la clase. Y es que tampoco es tan sorprendente. Mientras otros niños preferían jugar al fútbol, Cesáreo se centraba en sus estudios. Y no es que no le gustara jugar con sus amigos. Él sabía que las clases no eran una simple obligación; sabía que podían ayudarle en la construcción de su futuro. Poco a poco el dibujo empezaba a dominar sus aficiones.

El que hasta entonces era un sueño que semana tras semana se iba haciendo realidad, un día se convirtió en una pesadilla para aquel niño que lo tenía todo en su favor para que llegara a triunfar. Su padre, Don Cesáreo Osuna Nieto, se vio obligado a resolver una situación difícil. Si quería mantener a la familia que tenía diez miembros (una madre, un padre y ocho hijos) o darles un empujón a los niños y además viendo la situación que se vivía en el campo, tuvo que tomar una decisión que cambiaría el futuro del pequeño Cesáreo. Así, los días de colegio se habían acabado. "Hijo, vas a tener que dejar de estudiar. Resulta que me salió una obra y te necesitaré". La reacción del pequeño no pudo ser otra que un sentimiento de disgusto y tristeza. "Pero padre, ¡con lo que a mí me gusta estudiar!" En aquella época las familias ganaban lo justo para comer. El sueldo que aportaría Cesáreo a la casa era más importante que cualquier clase de dibujo o matemáticas.

Llevaba tres semanas sin acudir a clase, trabajando día tras día con su padre. Una noche, después de cenar alguien tocó al timbre. Su hermana mayor abrió la puerta. Era el maestro Don Juan. "He venido a hablar contigo Cesáreo", refiriéndose al padre.



"Anoche me dejaron una nota importante. Una inspectora de Toledo va a venir al colegio para ver la evolución de los niños". El profesor sabía que el único que podía mantener la imagen del colegio era el pequeño Cesáreo. Mientras su padre se negaba, Don Juan no se rendía. Se comprometió a pagar el sueldo que Cesáreo ganara durante las horas asistidas al colegio.

El lunes siguiente Cesáreo volvió a sentarse en su pupitre. Tenía retrasadas tres semanas de materia que era necesario recuperar. Sin tener que llamarle la atención, empezó a trabajar. El recreo le sirvió para adelantar. Su compañero le prestaba los apuntes y el profesor le ayudaba con los dibujos.

Todo estaba preparado hasta el último detalle. Los niños se pusieron a trabajar y como en la mili ensayaron cada paso para dar la bienvenida a la inspectora. Llegó el día D. Todos iban bien arreglados, peinados y vestían ropa limpia. Con ansia y con un poquito de miedo reflejado en sus miradas esperaban su llegada. Cesáreo estaba sentado al lado de su maestro cuando el rugido de unos tacones anunció la llegada de la inspectora. Una joven guapa, vestida de traje de chaqueta azul, se dirigía a la mesa del profesor. Cuando pasaba al lado de los pupitres los niños se levantaban uno por uno, creando un efecto de dominó, como muestra de respeto. La señorita saludó a Don Juan y éste le cedió su asiento. Los cuadernos estaban preparados sobre la mesa. El maestro, que no dejó escapar ningún detalle, hizo que el cuaderno de Cesáreo fuera el primero en llamar la atención de la joven.

"Ven Cesáreo, siéntate aquí al lado de la señorita", dijo el maestro, en tono orgulloso. La inspectora abrió una enciclopedia que se encontraba al lado de los cuadernos. El entonces grado elemental, que terminaba a los catorce años y que equivaldría al segundo curso de la ESO, utilizaba las enciclopedias como instrumento de aprendizaje. El maestro respiraba con tranquilidad. Una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios. Estaba confiado, sabía que Cesáreo no le iba a decepcionar.

Leía como un papagayo, sin interrupciones ni faltas. En su casa sustituía a la radio y a la televisión. Una de sus hermanas mayores coleccionaba novelas por entregas. Cada noche, después de cenar, las leía en voz alta para entretener a toda la familia.

Terminado el examen, la inspectora se levantó y miró a Cesáreo. Su rostro tenía una expresión pensativa y a la vez dudosa cuando se dirigió al pequeño: "Tú te llamas Cesáreo Osuna Zaragoza..... Tu padre es primo mio". Y apuntó: "¿Conoces aquella casa que hay debajo de la tienda de muebles Yemenes?" Cesáreo se sorprendió al darse cuenta de que se trataba de la casa de la tía Puri.

Faltaban unos pocos meses para que el grado elemental llegara a su fin. La joven inspectora mantenía contactos importantes que habrían posibilitado a Cesáreo conseguir una beca de estudios. "He visto que tú vales", le dijo cuando terminó la lectura. "Don Juan me ha hablado de tu situación. Esta noche cuando llegues a casa le explicas a tu padre que yo puedo ayudarte". Cesáreo no veía la hora de llegar a casa y referirle la buena noticia. Cuando por fin llegó el momento, él feliz y sonriente, le contó lo que le había ocurrido en el cole. La respuesta, sin embargo, no fue la que le hubiera gustado oír. "Hijo, que difícil es", así sonaron las palabras de Don Cesáreo padre. El maestro tampoco pudo dejar pasar esta oportunidad y se presentó en la casa de los Osuna la misma noche. Todos juntos volvieron a comentar la situación del pequeño. Explicó a los padres que la beca sería la llave que le abriera las puertas del futuro. Y no es que Don Cesáreo no quisiera darle esta oportunidad a su hijo. El quería



que Cesáreo siguiera estudiando, pero entonces habría que renunciar a otra cosa. Fue una decisión difícil para el padre y dura para el hijo. Finalmente, la larga conversación terminó con una respuesta negativa. El sueldo del pequeño era imprescindible para la familia.

Por circunstancias de la vida, Cesáreo no pudo seguir estudiando. Aquella fue la última vez que se sentaba en un pupitre. Dedicó toda su vida a la familia. Trabajó desde los 13 hasta los 62 años. En su curriculum vitae no aparece un título universitario, pero sí un sobresaliente de un curso de formación por correspondencia. A pesar de todas las dificultades consiguió convertirse en Maestro albañil. Si tuviera la posibilidad de realizar estudios universitarios, elegiría arquitectura o biología. En su casa conserva una amplia colección de libros de todo tipo, desde biología hasta astrología. Hoy en día, el dibujo sigue dominando sus aficiones y dedica buena parte de su tiempo libre a pintar cuadros en los que plasma sus sentimientos y emociones y posiblemente aquello a lo que tuvo que renunciar en el pasado. Quién sabe si las casualidades de la vida no nos hayan privado de otro talento, de otro pintor u otro biólogo importante. Un talento frustrado que representa una generación que no lo tuvo nada fácil. No tuvo las mismas posibilidades que tenemos nosotros hoy en día, que en muchas ocasiones no sabemos valorar. Y aunque nos cueste asumirlo, poseer talento no lo es todo. Es el ingrediente perfecto para triunfar pero sin medios no se puede cultivar.

Lo importante de la vida

A cada uno la vida le enseña cosas diferentes. Cada uno de nosotros vive experiencias de diversa índole que pueden o no dejar huellas en nuestra forma de ser. A lo largo de sus 72 años, Cesáreo aprendió a valorar la sinceridad y despreciar la envidia. Cree que el ser humano ha superado el límite permitido de la ambición. Las personas quieren dominar a otras o simplemente considerarse superiores a las demás. Valora de la misma forma a aquellos que no tienen estudios y los que presumen de tener un montón de títulos. Sabe que la vida no brinda a todos las mismas oportunidades. El hecho de no tener un título universitario no significa ser menos importante. Cada uno es imprescindible para la sociedad, cada uno aporta su parte y es clave para que el sistema funcione. Entonces se pregunta, ¿es justo que infravaloremos a los que no tienen estudios universitarios? ¿Nos hemos preguntado alguna vez, por ejemplo, qué es lo que se esconde tras una barra de pan? Simplemente vamos a comprarla, pero nos olvidamos de aquellos que hacen posible que podamos adquirirla. Las personas que están detrás construyen el fundamento del proceso que muchas veces tiende a relegarse al olvido.

Hay una regla que aprendió y que la experiencia le confirma año tras año. "El poder da riqueza y la riqueza da poder. Dinero, dinero y dinero. Esa es la llave que abre todas las puertas". Aunque no queramos admitirlo, los recursos económicos pueden llegar a construir la base de la felicidad.

¿Y qué es lo que recomendaría a los jóvenes? Que aprendan a valorar las oportunidades que les da la vida porque puede que éstas no se vuelvan a repetir.